

Si los

monstruos

no se

vayan



ELSA GARCÍA

Si los monstruos no se van

© Elsa García

1ª edición, diciembre de 2020

Imagen de cubierta: Pexels

Diseño de cubierta: Elsa García

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Índice

[La música \(o cómo aprender a ser felices\)](#)

[La fuerza del destino. Emma. 1999.](#)

[Sergio. Noviembre de 2013](#)

[Me colé en una fiesta. Emma. 2001.](#)

[Un año más. Emma. 2002.](#)

[Sergio. Diciembre de 2013](#)

[El 7 de septiembre. Emma. 2003.](#)

[Los amantes. Emma. 2004.](#)

[Sergio. Enero de 2014](#)

[Quédate en Madrid. Emma. 2005.](#)

[Hawaii-Bombay. Emma. 2006.](#)

[Hoy no me puedo levantar. Emma. 2007.](#)

[Sergio. Enero de 2014](#)

[Una rosa es una rosa. Emma. 2008.](#)

[50 palabras, 60 palabras o 100. Emma. 2008.](#)

[Me cuesta tanto olvidarte. Emma. 2008.](#)

[Sergio. Enero de 2014](#)

[J.c. Emma. 2011.](#)

[Esta es la historia de un amor. Emma. 2012.](#)

[Tú. Emma. 2013.](#)

[Sergio. Febrero de 2014](#)

[Emma. Febrero de 2014. Cuando ya no quedaron más canciones](#)

[La nada \(o cómo vaciarte antes de volver al principio\)](#)

[Sergio](#)

[Emma](#)

[Sergio](#)

[Sergio](#)

[Emma](#)

[Sergio](#)

[Sergio](#)

[El principio \(o cómo recordar quiénes sois\)](#)

[Emma. Febrero de 2014. Cuando ya no quedaron más canciones](#)

[Sergio](#)

[Sergio](#)

[Sergio](#)

[Emma](#)

[Sergio](#)

[Emma](#)

[Sergio](#)

[Sergio](#)

[Emma](#)

[Sergio](#)

[Emma](#)

[Sergio](#)

[Emma](#)

[Sergio](#)

[Emma](#)

[Sergio](#)

[Sergio](#)

[Emma](#)

[Sergio](#)

[Emma](#)

[Sergio](#)

[Sergio](#)

[Epílogo](#)

[El 7 de septiembre. Emma. 2014.](#)

[Sergio](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre mí](#)

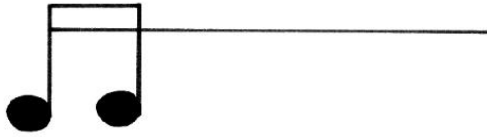
[Otros libros de la autora](#)

A Miguel, que me cedió su pecho para
que yo encontrase mi lugar en el mundo.

«... Porque esa era una de mis teorías contigo. Podía enamorarme de ti muchas veces. Lo comprobé con el paso de los años. A veces pasábamos una mala racha, a veces la vida golpeaba tan fuerte que apenas recordábamos qué hacíamos allí, viviéndola juntos, cogidos de la mano. Pero entonces ocurría. Podía ser un instante, una frase, una mirada. Y volvía a sentirme como la chica ingenua que se sonrojaba tan solo al ver cómo curvabas los labios».

El chico que dibujaba constelaciones
Alice Kellen

La música (o cómo aprender a ser felices)



La fuerza del destino

Nos vimos tres o cuatro veces por toda la ciudad.
Una noche en el bar del Oro me decidí a atacar.
Tú me dijiste diecinueve, no quise desconfiar.
Pero es que ni mucho ni poco, no vi de dónde agarrar.

Emma. 1999.

A lo largo de toda una vida te puedes enamorar muchas veces.

Si tienes suerte lo haces siempre de la misma persona.

La primera vez que me enamoré de Sergio yo tenía quince años.

Todavía recuerdo esa sacudida tonta que me dio el estómago cuando me fijé en él. Parecía mayor. Supongo que, a esa edad, un par de años eran un abismo. O puede que solo fuese que tenía un aire un poquito macarra, de chico con más mundo que yo.

Eso tampoco era difícil. Nunca había salido de mi pequeño pueblo, ubicado al norte de León. No era algo que me preocupase, era feliz allí.

En invierno las calles se vaciaban y el silencio me dejaba soñar sin interrupciones, permitiendo que los únicos sonidos que llenasen mi cabeza fuesen los de las lijas que desgastaba por decenas contra la madera de cualquier mueble con el que mi padre me permitiese ayudarlo. Él era carpintero, llevaba una vida entera siéndolo.

Mis padres me tuvieron cuando ya habían perdido la esperanza. Ambos habían pasado ya hacía un tiempo la cuarentena y creyeron, después de veinte años buscándome, que jamás llegaría. Les costó educarme, o entenderme al menos. El salto generacional era grande, pero lo hicieron bien, muy bien.

Crecí siendo una niña feliz, con pocas preocupaciones y mucho amor. Acompañaba a mi madre a menudo al mercado y aún más frecuentemente a mi padre a su taller. Tardé poco en darme cuenta de que me gustaba más decorar y desgastar las sillas que él creaba que verlas salir de enormes piezas que aguardaban a ser pulidas. Mamá lo llamaba restauración; yo, felicidad. En ningún sitio me sentía más plena que entre tornos, rasquetas, pinturas y barnices. En

ningún sitio me sentía más en paz que en el sosiego que el frío acercaba a nuestra casa.

En las semanas de ese calor pegajoso y casi asfixiante que trae la época estival, sin embargo, la calma les cedía el sitio a los veraneantes, que llegaban por cientos, ansiosos por reencontrarse con la paz de los días eternos sin nada que hacer, las piscinas municipales que les permitían escapar del asfixiante asfalto de sus ciudades y las mañanas de paseos y vermouths que casi habían olvidado enterrados en trabajos y obligaciones diarias.

No mentiré. Adoraba la quietud que envolvía nuestra villa nueve de cada doce meses, pero la emoción de ver a amigos con los que solo compartías una centena de días al año era indescriptible.

Recuerdo que ese julio las temperaturas eran inusualmente altas, los adultos se preocupaban en demasía por algo llamado el efecto 2000 y mis amigos caían rendidos ante la *Play Station 2* mientras yo lo hacía ante un Russell Crowe vestido de gladiador.

La primera semana de ese verano tan especial, tan distinto, pasó como pasaban todas: entre risas, nervios y muchos cuchicheos acerca de lo guapos que estaban algunos de los chicos que volvían por allí año tras año. Éramos adolescentes que, con la llegada de las vacaciones, querían jugar a ser mayores.

No fue hasta el segundo viernes de ese mes de julio, que ya nunca olvidaré, cuando lo vi.

El Ayuntamiento había contratado una verbena bastante cutre que tenía orden de tocar pasodobles y sevillanas durante la primera parte de su actuación, por eso de que las personas mayores del pueblo también pudiesen disfrutar de la música y la fiesta. Cualquiera menor de cuarenta huía despavorido con el primer acorde.

Todos los jóvenes aprovechábamos ese rato, que nos olía a viejo y a rancio, para ocultarnos en la explanada del río y beber lo que hubiésemos conseguido adquirir a escondidas de nuestros padres gracias a la poca moral del dueño del súper de la plaza, que nos vendía cerveza y vino

sin miramientos, a pesar de conocernos a todos y saber de sobra que no teníamos edad para poder comprar nada de aquello. En esa ocasión, una de las chicas de mi pandilla había logrado, incluso, hacerse con una botella de ron.

No habíamos querido arriesgarnos a comprar hielos en la gasolinera que estaba a las afueras, cruzando la carretera, por si el dueño de ese negocio no era tan laxo como el del supermercado y acababa llegando algún rumor a oídos de nuestros padres, así que bebíamos caliente e intentábamos disimular las muecas que el sabor fuerte y amargo del alcohol nos provocaba al bajar, quemando, por nuestras gargantas.

Lo oí antes de verlo.

Estaba llenando mi vaso de plástico con un poco más de Coca-Cola, para tratar de enmascarar el ardor del Brugal, cuando una carcajada estruendosa, seguida de unos cuantos insultos pronunciados aún entre risas, hizo que levantase la cabeza, logrando que derramase parte del refresco y me manchase la mano.

Era alto, mucho. Y un poco larguirucho. Y también el chico más guapo que había visto jamás. Achiné los ojos tratando de averiguar si esa mata de pelo espeso y rebelde era rubia ceniza o castaña clara, pero las horas se nos habían echado encima y la oscuridad me negó ese detalle. Evoqué ese pensamiento muchas tardes en los siguientes años, mientras mis dedos bailaban entre sus mechones y ambos nos perdíamos en los gemidos del otro.

Me llevé la mano, aún pegajosa por el refresco, a un punto del cuello que sentí palpitar más fuerte. Ahí, justo donde la sangre se me había calentado hasta casi hervir.

No sé si cogí aire con demasiada fuerza, esperando que mis pulmones recordasen cómo respirar, o si es que estaba escrito que él debía girar la vista hacia mí en ese momento. Nunca había creído en el sino y no empecé a hacerlo después de aquella noche, aunque la vida me lo puso complicado para que, tiempo después, no terminase por preguntarme si Sergio y yo no estaríamos destinados, simplemente, a ser.

A ser algo.

O a ser todo.

Hasta tres veces más, en tres escenarios que no eran suyos ni míos, tuvimos que coincidir para que yo cediese a la evidencia.

No aparté la mirada. Fue un gesto demasiado valiente para una chica tan retraída como yo, pero es que él siempre tuvo ese efecto en mí. Siempre me hizo querer ser más atrevida de lo que mi instinto me gritaba que era recomendable.

Me sonrió de medio lado y a mí los labios me temblaron en un cuerpo que se derretía por momentos. Bajó la barbilla solo un segundo, justo antes de alzarla de nuevo para comprobar si mi atención seguía puesta en él. Claro que lo estaba. Tenía quince años, las hormonas revolucionadas y un montón de pájaros en la cabeza que luchaban feroces por encontrar un poco de libertad.

Uno de los chicos de su pandilla le pidió un pitillo y él se giró hasta quedar de espaldas a mí. Solo entonces recobré el juicio suficiente como para tratar de fingir que aquel chaval no me había deslumbrado tanto como para que ahora todo pareciese un poco más lóbrego a mi alrededor.

No era de aquí, estaba casi segura. Un par de horas después descubriría que había venido a pasar una semana a nuestro pueblecito con un compañero suyo del instituto, uno de los tantos veraneantes que acababan de llegar.

Me centré en escuchar los planes de mis amigas de siempre para las próximas semanas y en preguntar a las que habían llegado ese finde por su día a día en la ciudad. Bebí sorbitos pequeños de aquel ron templado que calentaba mi estómago y mi cabeza mientras trataba de localizarlo con disimulo. A él, sí. Porque esa noche todo fue él.

—¿Buscas a alguien?

Me giré deprisa y parpadeé más rápido aún. Una vez. Dos veces. Como un cervatillo deslumbrado. Mucho tiempo después, Sergio me confesó que aquel gesto consiguió que mis ojos verdes lo persiguiesen en sueños. En ese momento, yo pensé que debía de parecerle una niña tonta

asombrada por unas pestañas infinitas que asomaban a través de una capa de humo.

Recogió con un par de dedos el cigarro que colgaba de la comisura de su boca, que se elevó una vez más ante mi escrutinio. Tragué tan fuerte que estoy casi segura de que tuvo que oírme, pero le eché un poco de ese valor que su presencia me contagiaba.

—Ya no.

Le gustó mi respuesta. Y le gusté yo. Lo noté enseguida, supongo que porque él tampoco trató de esconderlo en ningún momento.

Me tendió el cigarrillo que se consumía sin que ninguno le prestásemos atención. No quise verme como una cría, ni parecérselo a él, así que lo atrapé con confianza y aspiré demasiado fuerte. No fue una buena idea, la tos incontrolada que vino justo después me lo recordó.

Sergio se mordió el labio para no reírse, aunque tampoco me hubiese percatado de que lo hacía. Estaba demasiado ocupada tratando de no morir asfixiada.

—¿Qué años tienes?

—Diecisiete. —Mentí por inercia, porque quince me sonó entonces aburrido e infantil. Y mentí mal. Evité sus ojos y no elegí bien el asunto sobre el que maquillar la verdad. Mi gesto dulce, mis rasgos demasiado suaves y mi nariz respingona no se disimulaban con algo de colorete y un pintalabios brillante.

—Diecisiete tengo yo... Y, no es por nada, pero no parece que seamos de la misma quinta.

Me sonrojé como una idiota. Bajé la cabeza y me preparé para un rechazo que no llegó.

Él me cogió la mano y retrocedió unos cuantos pasos, hasta toparse con un banco de piedra a la orilla de ese río que ya casi no se distinguía a esas horas de la noche. Se sentó y miró el hueco que había a su lado, esperando que yo lo llenase.

—Puede que tenga un par de años menos de los que te he dicho —confesé bajito mientras me acomodaba a su ve-

ra. Me pareció verlo asentir por el rabillo del ojo, pero mantuve la vista fija en el horizonte, como hacía él.

—¿Y cómo te llamas?

—Emma.

—Emma... —Repitió mi nombre y a mí me sonó a caramelo deshaciéndose en sus labios—. Acabas de estropear-me todos mis planes, Emma.

—¿Por qué? —le seguí el juego.

—Porque yo venía aquí a dejarme llevar y a no pensar en nada. Y ya no voy a poder dejar de pensar en ti.

No sé si fue una frase hecha, pero quise creer que era más una verdad. A mí me sonó a ello. Sus ojos me decían que lo era.

—Al menos todavía puedes dejarte llevar...

Alargué el silencio, esperando que al fin se presentase. No tardó en darme el gusto, ya nunca tardaría demasiado en hacer cualquier cosa que a mí me hiciese sonreír.

—Sergio.

Fue fácil. Fue cómodo.

Me habló hasta que se me olvidó que tenía que ser interesante y mayor. Me hizo reír hasta que no recordé que intentaba impresionarlo.

Compartimos tonterías y algún secreto. Se burló de las caras que trataba de disimular cada vez que le daba un trago a mi vaso y se ofreció a conseguir un par de cervezas frías. Le pedí alguna calada más de esos cigarrillos que se encendía compulsivamente y hasta me tragué el humo un par de veces. Subimos juntos a la verbena, ignorando las insinuaciones de sus amigos y las sonrisillas de mis amigas. Bailamos como si nadie nos estuviese mirando, y nos miramos como si nos viésemos.

Cuando el reloj marcó la una de la mañana, mi carruaje comenzó a convertirse en calabaza. Mi toque de queda nos rompió la burbuja, aunque él quiso estirla un poco más. Le pidió a uno de los chicos de su grupo que me acercase a casa, aprovechando que iba a dejar en la suya a una amiga mía con la que llevaba rato tonteando.